



Maruja Mallo, La verbena, 1927

Dossier

# Reacción autoritaria en España

Tras una contundente derrota en las elecciones municipales y regionales, el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, del Partido Socialista Obrero Español, convocó a elecciones anticipadas para el 23 de julio. Cuando parecía una excepción en Europa, España enfrenta la amenaza de una corriente ultraconservadora que reivindica el franquismo y su pasado colonial, en una lucha cultural contra “los enemigos de la nación”.

**Del centro al extremo. El péndulo permanente del Partido Popular** por Maëlle Mariette **20** | **Vox, el posfranquismo que puede coger el gobierno de España** por Javier Franzé **22**





## Dossier

Elecciones en España

Maruja Mallo, *El mago/Pim pam pum*, 1926

La izquierda española teme el creciente peso electoral de Vox, un partido de extrema derecha fundado en 2013, que se espera tendrá un papel destacado en las elecciones generales anticipadas del 23 de julio. Su auge le debe mucho a las internas y a la volátil evolución ideológica de la derecha posfranquista.

## Del centro al extremo

# El péndulo permanente del Partido Popular español

por Maëlle Mariette\*

**E**l 29 de mayo, con un semblante serio, Pedro Sánchez anunció en un discurso televisado la convocatoria a elecciones generales. En el poder desde 2018, el Presidente del Gobierno español ha optado por adelantar al 23 de julio la celebración de un escrutinio previsto para fin de año. Su sorpresivo anuncio se produjo un día después de que el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), del que es secretario general, sufriera una contundente derrota en las elecciones municipales y regionales. El Partido Popular (PP), principal fuerza política conservadora de España, obtuvo la mayoría de los votos en seis de las diez comunidades autónomas hasta entonces gobernadas (directamente o en coalición) por los so-

cialistas. En cinco de ellas, sin embargo, la derecha deberá asegurarse el apoyo del partido de extrema derecha Vox, ya que no dispone de la mayoría absoluta. El PP también conquistó las alcaldías de Valencia y Sevilla, tercera y cuarta ciudades del país.

Desde entonces, para desacreditar al PP liderado por Alberto Núñez Feijóo, presidente del partido, la izquierda repite una y otra vez en los medios de comunicación que hay que frenar “esta corriente reaccionaria”, detener “la ola ultraconservadora”, o “bloquear a la extrema derecha”. Si esta estrategia no ha funcionado hasta ahora en España como tampoco lo ha hecho en Francia o Italia, ¿en qué se basa esta acusación?

El PP tiene sus orígenes en el franquismo, el sistema instaurado en 1939 por el general Francisco Franco y sus partidarios tras ganar la sangrien-

ta Guerra Civil iniciada en 1936. La mayoría de los dirigentes del partido son hijos o nietos de las elites políticas franquistas y, en particular, de la franja reformista del Estado franquista, según la cual España necesitaba emprender la senda democrática. Ex ministro de Información y Turismo bajo la dictadura, Manuel Fraga Iribarne (1922-2012) fundó Alianza Popular (AP) en octubre de 1976, que se convertiría en el actual PP unos diez años más tarde. El objetivo de AP era unir, con fines electorales, siete organizaciones políticas (lideradas por siete ex ministros franquistas, apodados los “Siete Magníficos”) que representaban las distintas familias políticas del régimen del Caudillo: tecnócratas y democristianos, falangistas, nacionalistas tradicionalistas y católicos fuertemente ligados al Opus Dei (1).



“AP se creó para tomar parte en el proceso político que se inició con el fin del franquismo, para participar en la Transición y llenar el vacío político dejado por Franco”, explica Jorge Verstrynge, ex secretario general de AP. Por “miedo a quedar excluidos del sistema”, los miembros de Alianza Popular aceptaron participar en el proceso electoral constituyente que desembocó en la actual Constitución del 6 de diciembre de 1978. Pero “la mitad de los diputados de AP se negó entonces a votar la Constitución, en gran parte debido a la autonomía que concedía a las regiones”, explica Verstrynge. Las divisiones entre las diferentes corrientes y el fracaso en las elecciones generales de 1982 y 1986, con una amplia victoria del PSOE, provocaron crisis internas. Para superarlas, Fraga Iribarne hizo aprobar nuevos estatutos que reducían la democracia y reforzaban la jerarquía dentro del partido. Como resultado, AP se convirtió en el PP y José María Aznar, joven y ambicioso presidente de la comunidad autónoma de Castilla y León desde 1987, sucedió a Fraga Iribarne en la presidencia del partido en 1989.

La renovación estaba en marcha: según sus propias palabras, el objetivo de Aznar era construir un gran partido de derecha unificado con el fin de “aglutinar cómodamente las ideas liberales, conservadoras y democristianas”. Junto con su joven equipo, estaba dotando al partido de estructuras fuertes para reforzar su presencia en todo el territorio español. La nueva dirección esperaba institucionalizar el partido y permitirle obtener réditos electorales. La anunciada “convivencia” tenía sus límites: “En el Partido Popular no hay electricidad. Solamente 220 voltios. ¡Y yo soy el que controla la toma y el que ponga los dedos se electrocuta!” (2), declaró Aznar poco antes del XII Congreso del partido en 1996.

### Barniz democrático

“La derecha ha tenido grandes dificultades para crear un partido fuerte y capaz de competir con el PSOE –relata Pablo Simón, politólogo de la Universidad Carlos III de Madrid–. Como resultado, permanecieron en la oposición durante casi 20 años. Esto llevó a la construcción bajo Aznar de una estructura interna muy vertical, jerárquica, centralizada y presidencialista. El último presidente del partido a la fecha, Alberto Núñez Feijóo [jefe del PP desde 2022], fue elegido en unas elecciones en donde sólo hubo un candidato, elegido por la dirección del partido. De modo que, en realidad, fue designado.” Pablo Carmona, historiador y activista comunitario, ve en esto no solamente una expresión de la necesidad de superar las diferencias internas, sino también una de las formas en que las tendencias autoritarias persisten en el partido. “Es una tradición muy franquista –explica–. Al acercarse el fin de la Guerra Civil, Franco, por medio de su famoso ‘Decreto de Unificación’ afirmó, en una lógica militar según la cual la jerarquía debe respetarse pase lo que pase, que no podía haber varios poderes políticos, sino uno solo. Por lo tanto, decidió unificar las distintas falanges bajo un mismo paraguas. De ahí esa idea, tanto en el AP como en el PP, de que hay que unir a la derecha contra el enemigo regionalista, contra la izquierda, contra el comunismo, contra la masonería, etc.” Simón continúa: “Lo mismo ocurre a nivel territorial. La sede central del partido ha conseguido, tras negociaciones a veces bruscas, que casi todos los dirigentes locales y regionales del partido se alineen más o menos con la sede central. A veces, incluso, la dirección nacional impone candidatos a nivel local”.

Pero, según el historiador Julián Casanova, uno de los principales problemas a los que se enfrenta la derecha española “se debe a que, a diferencia de sus hermanas europeas, la derecha española lucha por encajar en una tradición política española” (3). La derecha británica, por ejemplo, puede reivindicar una ilustre tradición conservadora que, a diferencia del franquismo, no es incompatible con la democracia y, por tanto, indefendible a los ojos de la opinión pública. El PP, y antes el AP, han intentado legitimar el conservadurismo español invocando precedentes históricos políticamente correctos.

La estrategia se hizo evidente durante la Transición democrática, cuando la derecha posfranquista invocó ideológicamente la tradición liberal-conservadora de Cánovas del Castillo, fallecido a fines del siglo XIX, para intentar darse un barniz democrático y hacer pasar a sus líderes “por nietos de Cánovas y no por hijos de Franco” (4), escribe el historiador Carlos Dardé. La contrarrevolución neoliberal-conservadora liderada por la primera ministra británica Margaret Thatcher (1979-1990) y el presidente estadounidense Ronald Reagan (1981-1989) en los años 1980 es otro punto de referencia. Para el historiador Javier Tusell “no es de extrañar que muchos de los miembros [de la generación más joven del PP] que provenían de la derecha tradicional –como el propio Aznar, falangista en su primera juventud– se convirtieran en ultraliberales, porque [...] el liberalismo proveía un marco teórico moderno frente al socialismo, al tiempo que podía conectarse con la derecha conservadora” (5).

“La idea era renovar el discurso de la derecha tradicional a partir de una lógica neoliberal capaz de destronar a los socialistas y ganar popularidad –analiza Carmona–. Había que superar parte del legado franquista, cuya política económica era muy intervencionista, y virar hacia un conservadurismo más europeo, un liberalismo más doctrinario y posiciones más atlantistas.” En aquella época, muchos dirigentes del PP observaban con interés los éxitos electorales de la “tercera vía” de Anthony Blair en el Reino Unido y Gerhard Schröder en Alemania –que tenía visos de pragmatismo al tiempo que era atlantista y neoliberal– y subrayaban su cercanía ideológica al “centro reformista” de Aznar. Tras 20 años en la oposición, la derecha llegó al poder ganando las elecciones generales del 3 de marzo de 1996, gracias al electorado clásico de la derecha europea: Guillermo Fernández Vázquez, politólogo y profesor en la Universidad Carlos III de Madrid, explica: “Los hombres, los ingresos elevados, los conservadores católicos y los pequeños empresarios independientes estaban entonces sobrerrepresentados”. También señala que se trataba de un electorado “tanto urbano como rural” más o menos repartido de manera uniforme en todo el país, excluyendo Cataluña y el País Vasco.

Sin embargo, la derecha ganó esas elecciones solamente por un estrecho margen. Por ello, el PP moderó su programa para ampliar su electorado en el futuro y, sobre todo, en lo inmediato, formar una mayoría estable en el Parlamento. Para ello contó con el apoyo de las dos organizaciones nacionalistas más importantes del país, el partido catalán Convergència i Unió (CiU) y el partido vasco Partido Nacionalista Vasco (PNV), cuyas tendencias socioeconómicas eran similares a las del PP, y cuya identidad conservadora Aznar parecía considerar que no suponía una amenaza real para la unidad del país.

El primer gobierno de Aznar no se caracterizó por su creatividad y se ciñó a las recetas neoliberales: desregulación, reducción de impuestos, privatizaciones, rigor presupuestario y prioridad a la adhesión a la Unión Monetaria Europea. Sin embargo, sorprendió a muchos al distanciarse un poco de la Iglesia y no dio marcha atrás en la legalización del aborto. Fue una maniobra táctica: tras obtener la mayoría absoluta en el Congreso en las siguientes elecciones generales de 2000, el PP aprobó una ley que reintroducía la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas primarias y secundarias públicas. Aznar siguió entonces una política más acorde con las raíces ideológicas de su partido.

### Un lugar en el mundo

A mediados de los años 1990, Aznar instó a España a superar “un cierto complejo histórico”: “El pasado reciente de franquismo ha dado lugar a una actitud de la izquierda que tiende a renegar o a avergonzarse de nuestra historia y de nuestra posición en el mundo” (6). Bajo sus gobiernos, empezó a surgir una tendencia de cierto revisionismo histórico

entre los conservadores (7). Los “nuevos historiadores”, encabezados por el periodista y escritor Pío Moa, defendían que la sublevación franquista estaba justificada ante la “amenaza comunista”. Para ellos, solamente un gobierno militar podía “restablecer el orden”. El franquismo puso a España en la vía de la prosperidad y la democracia. También entre los grupos

conservadores más “liberales” se banalizó como un fenómeno inevitable en un período de amenazas totalitarias en Europa. Sin hacer suyas las declaraciones más favorables al régimen del Caudillo, los gobiernos de Aznar promovieron estas producciones ideológicas, que contaban con el apoyo de la Iglesia y los medios de comunicación de derecha (incluidos los periódicos más leídos del país, *El Mundo*, *ABC* y *La Razón*, así como las radios del grupo COPE, que pertenece a la Iglesia Católica española). “Moa fue promocionado al punto de aparecer en la televisión pública en horario estelar –explica el historiador Francisco Espinosa Maestre–. Al propio Aznar se le llegó a oír decir que su lectura de verano sería un libro de Moa” (8).

Aznar también dedicó un gran esfuerzo a la producción y difusión de una historia revisitada de España, destinada a ponerla en valor y legitimarla insistiendo en sus “edades de oro”, especialmente a través de obras publicadas por instituciones como la Real Academia de Historia (RAH). En un documento presentado en el XIV Congreso Nacional del partido, celebrado en Madrid en enero de 2002, se lee que España debe enorgullecerse de “su contribución a la historia y la cultura universal [y de] su proyecto histórico anclado en dos mundos, Europa y América” (9).

La voluntad del PP de reconectar con la edad de oro moderna de la España conquistadora lo llevó a acercarse a un país cuya hegemonía geopolítica se había reforzado con la caída del Muro de Berlín: Estados Unidos, con el que Franco ya había firmado acuerdos en 1953 que permitieron a España romper el aislamiento internacional al que estaba sometido su régimen. En la primavera de 2003, Aznar apoyó

## “A diferencia de sus hermanas europeas, la derecha española lucha por encajar en una tradición política española.”

## TALLERES DE INSTRUMENTOS

7 a 12 años

Ukelele | Guitarra | Canto | Teclado | Flauta Dulce

ABIERTA LA INSCRIPCIÓN: En Núñez, Palermo y vía Zoom

+ info: 11 5053-1504 | info@collegiummusicum.org.ar

COLLEGIUM  
MUSICUM  
DE BUENOS AIRES



→ a Washington en su invasión a Irak, en contra de la opinión pública y los demás partidos políticos españoles, e incumpliendo la Constitución, que obli-

# Dossier

## Elecciones en España

er  
es en

al gobierno a pedir la aprobación parlamentaria antes de entrar en guerra. Con ello, Aznar también quiso convertir a España en el líder de una "nueva" Europa "fuerte", fundada en el atlantismo y el liberalismo económico, frente a la férrea oposición de Francia y Alemania a la invasión estadounidense. La empresa fracasó, con el retorno al poder del PSOE al siguiente

año, y la fotografía que se tomó en la Cumbre de las Azores en marzo de 2003, en la que aparece el presidente del Gobierno español muy sonriente junto al presidente George W. Bush y el primer ministro Blair, "una cosa impensable algunos años atrás" (10), dice alegremente Ignacio Cosidó, del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES), quedará como la cúspide de la política exterior del PP de Aznar. El atentado islámico del 11 de marzo de 2004 en pleno centro de Madrid, apenas tres días antes de las elecciones generales, invirtió la clara ventaja del PP en la mayoría de los sondeos de opinión. La mendaz insistencia del Gobierno, hasta la víspera de las elecciones, en que ETA era probablemente la responsable, a pesar de las crecientes pruebas de lo contrario, minó su credibilidad.

## Una derecha fragmentada

Una derecha fragmentada

De hecho, el proyecto del PP de reforzar el sen-  
timiento nacional lo llevó a rechazar cualquier  
forma de autonomía regional, haciéndose eco del  
nacionalismo radical español de la derecha pos-  
franquista en la época del proceso de redacción  
de la Constitución. Ya en 1979, un joven José Ma-  
ría Aznar escribía en el periódico *La Nueva Rioja*:  
“No debemos olvidar que la grandeza de España  
depende también de su unidad” (11). Manuel Mi-  
lián, uno de los fundadores catalanes del PP, es-  
trecho colaborador de Fraga Iribarne y diputado  
por Barcelona de 1989 a 2000, cuenta: “Cuando  
se creó el PP en 1989, insistí en la necesidad de re-  
gionalizar el partido, que tendría personalidad y  
naturaleza propias según las regiones, como una  
confederación. Pero Aznar nunca quiso oír eso.  
Llegó con su visión ‘castellana’ de España y qui-  
so imponerla. Para él, España es absolutamente  
‘una’. No entiende su diversidad”. Fernando Gar-  
cía de Cortázar, historiador de la Fundación pa-  
ra el Análisis y los Estudios Sociales (FAES) –un  
*think tank* neoconservador creado en 1989 por Az-  
nar (que actualmente es su presidente)–, justifi-  
ca por su parte la legitimidad de esta política “en  
nombre de la superioridad moral de la nación es-  
pañola [...] frente al tribalismo provinciano de los  
nacionalismos periféricos” (12).

Cuando, en 2005, el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero inició el proceso de reforma del Estatuto de Autonomía de Cataluña, que sería aprobado en mayo de 2006, el PP y los grandes medios de comunicación de derecha denunciaron una “persecución lingüística” del castellano en Cataluña y el País Vasco, y llamaron a boicotear los productos catalanes, afirmando falsamente que el nuevo Estatuto de Autonomía de Cataluña autorizaba la poligamia y la eutanasia, y exacerbando la polarización de la sociedad española al afirmar que el texto “[rompía] la unidad de España” y conducía a su “desintegración” y “balcanización”. Según Milián, esta actitud del PP es la causa del “hipernacionalismo al que asistimos hoy con las reivindicaciones independentistas de Cataluña”. Agrega: “El divorcio se produjo cuando Aznar obtuvo la mayoría absoluta en 2000. Ya no necesitaba de los catalanes, así que los ignoró por completo”. Cuando Mariano Rajoy tomó las riendas del partido en 2004, y luego fue presidente del Gobierno entre 2011 y 2018, “se limitó a continuar las políticas de Aznar”.

En 2010, el Estatuto de Autonomía de Cataluña fue suspendido por el Tribunal Constitucional a raíz de un recurso presentado por el PP. “Esa fue la chispa que encendió la mecha –dice Milián– con el resultado que conocemos: la proclamación unilateral de independencia de Cataluña en octubre de 2017.” Al término de un referéndum declarado ilegal por el Estado español, en una jornada

marcada por violentas represiones policiales, la población de la región se pronunció a favor de la independencia. Tras varias semanas de tensiones, manifestaciones, huelgas y una extrema polarización que dividió a España en dos bandos, el gobierno de Rajoy rechazó cualquier mediación y acabó aplicando, por primera vez en la historia del país, el Artículo 155 de su Constitución, que permite tutelar a toda una región, en un arrebato de autoritarismo rayano con la deriva autoritaria.

Rajoy fue nombrado presidente del partido por Aznar en 2004. Su legitimidad fue cuestionada "hasta que ganó las elecciones en 2011", explica Méndez, cuando el PP batió todos sus récords electorales tras el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2008 y la violenta crisis económica que le siguió, que minó gravemente el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero. Pero "las disensiones, que hasta entonces se habían mantenido siempre dentro del partido, se manifestaron ahora fuera de él" y el ala neoconservadora del PP, aznarista, criticó a Rajoy por ser demasiado moderado en cuestiones sociales como la defensa de los valores religiosos, el aborto y el matrimonio igualitario. Según Javier Zarzalejos, director de FAES, su política se caracterizó por la "desideologización del partido", con la que el PP derivó "hacia la pura gestión, el sentido común, la ortodoxia jurídica y los congresos sin sobresaltos" (13). Sin embargo, insiste Méndez, "lo

**“Las disensiones, que hasta entonces se habían mantenido siempre dentro del partido, se manifestaron ahora fuera de él.”**

que resultó fatal para Rajoy fue la cuestión catalana, que llevó a Ciudadanos [centroderecha] y Vox [extrema derecha] a capitalizar el descontento con el PP y su gestión de la crisis". La pesadilla del PP desde su creación se estaba haciendo realidad: la derecha se fragmentaba.

Por un lado, Ciudadanos, fundado en 2006 en Cataluña, que ya había experimentado un fuerte crecimiento desde 2015, en el momento de la crisis de representatividad política encarnada por el movimiento de los Indignados. La imagen moderna de este partido liberal (que hoy en día casi ha desaparecido del paisaje político español) contrastaba con la del PP, empañada por una serie de escándalos de corrupción. Tras seis años al frente del gobierno, Rajoy fue destituido en junio de 2018 por una moción de censura después de que él y su partido fueran condenados –por primera vez en la historia de la democracia española– por “corrupción institucionalizada” en el “caso Gürtel”, que supuso la malversación de 43 millones de euros para el PP. Rajoy fue sucedido por el socialista Pedro Sánchez.

Por el otro, asistimos al auge del partido de ultraderecha Vox, fundado en 2013, que ganó en visibilidad con motivo de la crisis catalana de octubre de 2017, cuando encabezó manifestaciones en defensa de la nación organizadas por todo el país y en las que llevó adelante la “revolución de los balcones”, de los que se colgaron banderas españolas en señal de protesta contra el referéndum. El meteórico ascenso de Vox le permitió situarse como tercera fuerza del país en las elecciones regionales y municipales celebradas el 28 de mayo. “El PP siempre ha sido el partido del nacionalismo español, y a muchos les pareció demasiado blanda la reacción de Rajoy ante el referéndum catalán. Acusaban a Rajoy de no haber frenado antes a los catalanes –explica el politólogo Fernández Vázquez–. Vox está formado por antiguos dirigentes del PP que critican a Rajoy por representar una derecha acomplejada. Dicen pertenecer al ADN del partido, el de Aznar en 2002-2003.”

De hecho, "estas derechas coinciden en muchas cosas: el liberalismo económico, la unidad de España y el rechazo de los nacionalismos vascos y

catalán. Lo que las distingue es el grado de virulencia que muestran hacia estos últimos, así como en cuestiones sociales. Y, en el caso de Vox, una nostalgia más o menos asumida del pasado franquista", analiza Carmona. Además, muchos de los dirigentes de estos tres partidos han pasado por la FAES. Pero también por los mismos medios de comunicación: Julio Ariza, el presidente de Intereconomía —una de las más potentes redes de medios digitales neoconservadores que surgieron a comienzos de los años 2000 cuando, durante el segundo mandato de Aznar, la derecha se mostraba "sin complejos"—, se jacta también del hecho de que "Ciudadanos y Vox nacieron en esta casa. Los hemos apoyado en los malos momentos, sobre todo en 2014, cuando perdieron las elecciones europeas y quisieron tirar la toalla. Todos ellos lucharon dentro de Intereconomía. Albert Rivera [presidente de Ciudadanos hasta 2019] venía aquí todas las semanas" (14). Muchos de los conductores y periodistas de estos medios integran ahora las listas electorales y los centros ideológicos del PP, Ciudadanos y Vox. Son medios que transmiten incesantemente el discurso de la derecha "desacomplejada", actualmente encarnada por Isabel Natividad Díaz Ayuso y, más allá, por el PP de Madrid, bastión del neoconservadurismo desde hace 20 años. Sobrerrepresentada en los medios de comunicación, la influencia de esta corriente en parte se explica, según Fernández Vázquez, por el hecho de que "muchos de estos medios tienen su sede en Madrid y reciben un importante apoyo financiero del gobierno regional del PP".

De esta corriente neoconservadora aznarista proviene también Casado, nombrado jefe del PP en 2018. Decidido a “reideologizar” el partido, abandonó el cargo en 2022, tras violentos conflictos internos. “Y cuando las cosas van mal, ¿qué hacen? Recogen el péndulo y vuelven a empezar”, sostiene Simón sobre la elección de Núñez Feijóo, ex presidente de la Xunta de Galicia durante 13 años, para suceder a Casado. Núñez Feijóo intenta “poner el acento en la gestión económica, la seriedad y el hecho de que es ‘presidenciable’”. Ni hablar de meterse en temas sociales o “morales”, aunque, según Simón, su conservadurismo es “más real de lo que parece”. El movimiento de reenfoque estratégico que el PP emprende con frecuencia “és casi genético o vital para el partido –añade Simón–, porque desde su nacimiento con Alianza Popular ha tenido que deshacerse de la imagen de partido franquista”. Alfonso Guerra, histórico dirigente socialista, opinaba lo siguiente sobre la situación: “Llevan años viajando al centro y todavía no han llegado. ¿De dónde vienen para tardar tanto?”. ■

1. Véase Jesús Ynfante, “Résurrection de l’Opus Dei en Espagne”, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 1996.
2. Juan González Ibañez, “El enchufe lo tengo yo y quien mete el dedo se electrocuta”, *El País*, Madrid, 9-1-96.
3. Ángel Munárriz, “La victoria de ‘los moas’: el revisionismo alcanza la cúspide de la derecha española”, *infoLibre*, 3-7-21, <https://www.infolibre.es>
4. Miguel Ángel Villena, “La sombra de Cánovas del Castillo llega hasta los ‘necons’”, *El País*, Madrid, 2-11-08.
5. Javier Tusell Gómez, *El Aznarato. El gobierno del Partido Popular, 1996-2003*, Madrid, Aguilar, 2003.
6. José María Aznar, *España, la segunda transición*, Madrid, Espasa Calpe, 1995.
7. Véase Pauline Perrenot y Vladimir Slonska-Malvaud, “La memoria española en construcción”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, noviembre de 2019.
8. Francisco Espinosa Maestre, “El revisionismo en perspectiva: de la FAES a la Academia”, *Conversación sobre Historia*, 14-9-19, <https://conversacionsobrehistoria.info>
9. Josep Piqué y María San Gil, “El patriotismo constitucional del siglo XXI”, documento presentado durante el XIV Congreso Nacional del PP en enero de 2002 en Madrid.
10. Ignacio Cosidó, “España, Europa y Estados Unidos: el poder militar”, Grupo de Estudios Estratégicos (GEES), 16-12-03. (Documento presentado en la FAES el 16 de diciembre de 2003).
11. Javier Tusell Gómez, *El Aznarato*, op. cit.
12. *Ibid.*
13. Jesús Rodríguez, “La derecha se libera de complejos y ya no quiere ser de centro”, *El País*, Madrid, 14-4-19.
14. *Ibid.*

\*Periodista.  
Traducción: Emilia Fernández Tasende



## Dossier

Elecciones en España

Maruja Mallo, *La kermesse*, 1928

¿Por qué España, una nación histórica, que hizo una Transición exitosa y que tiene un pueblo orgulloso de ser español y comprometido con su país, necesitaría un partido como Vox? Responder esta pregunta desde el punto de vista de Vox permite delinear el perfil ideológico y la trayectoria de esta formación política.

**Vox, el avance de la extrema derecha**

# El posfranquismo que puede cogobernar España

por Javier Franzé\*

**L**a Transición no ha sido capaz de cuidar debidamente a la Nación española. No tanto por su Constitución (1978), sino por el clima cultural que ha dejado crecer en su seno, cada vez más dominado según Vox por los enemigos de España ("rojos", separatistas, feministas, multiculturalistas) y acomplejadamente aceptado por el Partido Popular. En efecto, la "derechita cobarde" –así llama Vox al PP– es cómplice del "consenso progre", según el novedoso lenguaje de Vox.

Este diagnóstico permite entender por qué Vox surge en diciembre de 2013 y, tras unos años sin éxito ni visibilidad, es en la práctica refundado en 2018, cuando Santiago Abascal –al frente de la dirección desde septiembre de 2014– reformula la línea de acción partidaria, haciendo frente a ese doble desafío de "los enemigos de España". Desde entonces, va logrando el éxito y el perfil con los que es conocido hoy: Vox es actualmente la tercera fuerza tras el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), con alrededor de un 15% de votos, y se espera que repita esa performance el domingo 23 de julio.

Aquel momento de surgimiento está marcado políticamente por la crisis económica de 2008, que trae las protestas del 15M en 2011, las cuales se suman a las del independentismo catalán, en auge desde 2009. Para Vox, se trata de un doble avance sobre el

orden de 1978: desde el separatismo, por el independentismo catalán, y desde la izquierda, por el 15M y luego Podemos, fundado en enero de 2014.

## Crisis de representación

Planteado en síntesis el escenario, veámoslo ahora más en detalle.

La crisis económica mundial de 2008 y la crisis catalana abierta hacia 2010 conmovieron los cimientos del orden político de la Transición española, iniciada en 1977-78.

El crack global de 2008 se resolvió mediante un ajuste ortodoxo que acabó produciendo una crisis de representación, expresada en un alejamiento de la ciudadanía respecto de los dos partidos tradicionales (PP y PSOE), la aparición de partidos nuevos (Podemos, Ciudadanos y Vox, entre otros) y resultó en la caída relativa del hasta entonces dominante bipartidismo imperfecto. A esto se le superpuso la crisis de la relación entre Cataluña y el poder central, provocada por la sentencia del Tribunal Constitucional de 2010, que declaraba inconstitucionales artículos clave del Estatuto de Cataluña (la Constitución de la Autonomía) de 2006, aprobado por las Cortes Catalanas, por la ciudadanía de Cataluña en referéndum y, con modificaciones, por el Congreso de los Diputados español. Para ese tribunal, la definición en el Preámbulo del Estatuto de Cataluña como nación

era incompatible con la Constitución Nacional, que define en su Artículo 2 a España como "patria común e indivisible de todos los españoles". Esta crisis condujo a un auge del soberanismo catalán, expresado masivamente en las calles desde 2010, que dio origen al llamado Procés (proceso soberanista) en 2012, con el giro del partido nacionalista catalán *Convergència i Unió*, hasta entonces garante de la gobernabilidad en España, al independentismo. En octubre de 2017 el gobierno catalán celebró un referéndum ilegal sobre la independencia, duramente reprimido por el Gobierno Nacional. Invocando el resultado de esa consulta, el gobierno de la Generalitat declaró unilateralmente a Cataluña república independiente e inmediatamente suspendió tal proclamación, con el objetivo de abrir negociaciones con el gobierno de España, encabezado por Mariano Rajoy (PP). En ese momento, casi la mitad de los catalanes era favorable a independizarse y el 82% era partidario de tomar decisiones soberanas con relación a España. Rajoy –apoyado por el PSOE– respondió promoviendo la suspensión de la autonomía (octubre 2017-junio 2018) en virtud de la aplicación del Artículo 155 de la Constitución.

Ambas crisis tuvieron su efecto más claro en que, a partir de 2015, la formación de gobierno se volvió problemática. Hasta entonces, se resolvía de modo rutinario: o bien PP o PSOE tenían mayoría absoluta,



o bien acordaban con los partidos llamados nacionalistas (vascos y/o catalanes). Baste decir que hubo que repetir dos elecciones generales, las de 2015 y 2019. Desde 2015, populares y socialistas pasaron a sumar el 50% de los votos, cuando antes su piso había sido 65%. Esto hizo que en 2020 naciera el primer gobierno de coalición desde la Transición, el del PSOE y Unidas Podemos (UP).

Esta doble crisis acabó favoreciendo no tanto a los partidos que encarnaron inicialmente con fuerza la llamada “nueva política”, como Podemos –actualmente en fuerte declinación– y Ciudadanos –actualmente extinguido en la práctica–, sino a Vox. El incremento de la tensión entre Cataluña y el poder central acabó generando un campo propicio al reverdecimiento del nacionalismo español. Vox consideró tibia la respuesta de Rajoy, emblema para los de Abascal de esa derecha acomplejada ante la izquierda y el separatismo. En efecto, Rajoy representó para Vox el complemento perfecto del Presidente del Gobierno más repudiado por los de Abascal y la derecha en general: José Luis Rodríguez Zapatero, quien avaló con fuerza el *Estatut*.

### Lucha cultural

Lo específico del discurso de Vox es que se propone desde el inicio desafiar ese “consenso progre” tolerado por la derecha y que ha ido carcomiendo, desde la perspectiva de los de Abascal, el orgullo de ser español. Por eso, en su caso lo programático queda subordinado a ese combate cultural, pues le sirve sobre todo para exhibir su voluntad de lucha.

El discurso de la democracia del 78 ofrecerá un flanco a Vox. En efecto, este discurso, en tanto expresión de una Transición sin Memoria, trata el pasado como un todo indistinto que los actores políticos principales se comprometen a no repetir. Nadie pregunta quién hizo qué, ni por las causas, ni se intentan deslindar responsabilidades políticas, ni mucho menos jurídicas. En un país de catolicismo difuso, como si de un examen de conciencia se tratara, se confía en que cada actor sabrá qué hizo mal y en qué no debe reincidir. Pero del tema no se habla. Por eso el discurso de la Transición reúne Guerra Civil y Franquismo, y nombra al orden político de 1931 a 1939 como “la República”, no como democracia (o república democrática, que es lo que fue), pues tal cosa obligaría a vincularlo a la actual. Pero, a la vez, para distanciarse del franquismo, nadie se autodefine como nacionalista español. En España, “nacionalistas” son –sobre todo en el discurso de la Transición– los partidos catalanes y vascos. Es decir, los de los territorios “periféricos”, lo cual indica no sólo un lugar geográfico, sino temporal: una rémora del pasado, alejada del presente modernizante y europeísta de la Transición. En España, los nacionalistas españoles se autodenominan “constitucionalistas”, lo cual cierra el círculo de las equivalencias: Pasado-Nacionalismo-Atraso-Cainismo, de un lado, contra Futuro-Europeísmo-Modernización-Consenso, del otro. En el discurso de la Transición, el Pasado opera como una suerte de estado de naturaleza en el que siempre se puede recaer, porque según este discurso el espíritu cainita del pueblo español está siempre latente. Por eso es bueno mantener el silencio, no agitar las aguas políticas. Consenso es el nombre de la democracia en España.

Esto no significa que el nacionalismo español no modele la realidad política del país, pero lo convierte en algo no decible, no bien visto en clave democrática y europea. De ahí que no casualmente el partido se llame Vox (“voz”, en latín). En efecto, por esa hendidura del discurso dominante se cuela la extrema derecha española para conmovir los consensos explícitos e implícitos que todo orden político tiene.

¿Qué es España para Vox? Siguiendo a Maurice Barrès, Abascal sostiene que “la nación es la suma de los muertos, de los vivos y de los que nacerán en ella” (1). “La patria –continúa– es la tierra de mis padres, de mi niñez, de mi adolescencia” (2). La patria es un patrimonio heredado, tangible, esencial, que pertenece a alguien y que se lega. Una manera de ser (personalidad) y de estar (costumbres) en el mundo, diferente de algunas y opuesta a otras. “Me gusta la nación como algo lineal, no como proyecto” (3), concluía Abascal. En efecto: “proyecto” sugiere una cierta apertura, un pacto o construcción, así como la posibilidad de incluir no sólo a los herederos directos, sino a otros nuevos (inmigración). Este rechazo

del contractualismo muestra el perfil de Vox contrario al liberalismo político.

Aquí damos con la clave ideológica de Vox. La vida comunitaria y, con ella, la *democracia* quedan subordinadas a esa esencia de lo nacional español, pues ésta no es cambiante ni decidible: esto es, *votable*. De ahí que el independentismo (catalán, vasco o cualquier otro) sea para Vox no sólo inaceptable, sino “un robo, un latrocinio, un expolio” (4). En principio, podría parecer que el neoliberalismo de Vox es contradictorio con su patriotismo, pues vendría a corroer los lazos comunitarios. Pero hay un punto en el que pueden converger: el llamado a la rebelión individual (emprendedorismo) contra el *colectivismo* estatista del neoliberalismo es análogo al que hace Vox contra un poder *tomado* por los colectivos antiespañoles (“rojos”, “separatistas”, feministas, etc.). Además, su tradicionalismo le impide a Vox hablar de “pueblo” para referirse a los españoles cabales, sino que más bien éstos quedan incluidos en la apelación a “España”. Vox es una formación posfascista, en términos de Enzo Traverso (5). Es decir, posfranquista: aspira a realizar buena parte de los fines franquistas por vías formalmente democráticas.

### Los enemigos de España

Vox no se concibe como un partido político, sino como “un instrumento al servicio de España”, sostiene Abascal (6). Sus enemigos son, por tanto, los enemigos de España. Veamos quiénes son.

En primer término, el “nacionalismo periférico” en general, y el independentista en particular, porque persiguen la disolución de España. Para Vox, al fin, todos ellos contribuyen al separatismo. Vox propone disolver el Estado de las Autonomías y devolver sus competencias “federalistas” al centralismo de Madrid.

Su otro gran enemigo es la izquierda, “los rojos” en la jerga guerracivilista. Ante todo, por su clasismo, envidioso y resentido, que enfrenta a los españoles. También por no ser suficientemente patriota, lo cual explica su condescendencia con los nacionalismos periféricos. Vox acusa a la izquierda de *elitista* debido a sus gustos culturales urbanitas y cosmopolitas, y la superioridad moral que rezuma. Para Vox, la izquierda habla en nombre de los sectores populares, pero éstos le dan la espalda, pues son consecuentemente españoles: sobrios, trabajadores y reacios a toda demagogia. Según Vox, sólo alguien acomodado puede darse el lujo de no tener patria, por eso llama a los de izquierda “pijo-progres”.

Un enemigo clave para Vox son las feministas, a quienes acusa de querer imponer autoritariamente, a través de la “ideología de género”, una suerte de ingeniería social antinatural, contraria al humanismo cristiano. Esta posición contra el feminismo es la que quizá más ha servido a Vox para ir cotidianamente, al calor de cada femicidio, contra los nuevos consensos que se han ido forjando en la democracia española. No sólo porque el feminismo es el movimiento que más ha permeado la sociedad española, sino porque en él Vox ve la condensación de todas las amenazas contra su tradicionalismo españolista: el feminismo es el Caballo de Troya de ideas izquierdistas como igualdad, relativismo, internacionalismo, anticapitalismo y rechazo de la familia tradicional. Además, su creciente legitimidad social le abre la puerta a la currícula escolar, rompiendo el *derecho* de los padres a educar a sus hijos. Para Vox, no hay violencia de género, sino “violencia intrafamiliar”. En definitiva, el feminismo aparece para Vox como un *veneno* imperceptible que carcome la sociedad tradicional. Además, como el “nacionalismo periférico”, el feminismo quiere hacer sentir vergüenza a los españoles por su condición de tales. Esto, junto con el acomplejamiento de la derecha, da por resultado que en España nadie explicita su orgullo de ser español. Lo “políticamente correcto” es, en verdad, una “dictadura progre”.

Finalmente, el otro enemigo es el multiculturalismo y su relativismo cultural, que equipara el valor de todas las culturas. Vox niega la herencia musulmana de la cultura española. Para este partido, España no es el resultado de la convivencia de las tres culturas y religiones (cristiana, musulmana y judía), sino de la guerra de los cristianos contra los musulmanes para recuperar su territorio. La esencia de la Nación española es católica, según Vox, aunque su modo de integrar y valorar esta religión no es principalmente a

través de la generalización de la misa y la catequesis, sino del ensamble tradicionalista entre cultura católica y nacionalismo español. Esto le lleva, a su vez, a distinguir entre inmigrantes latinoamericanos y el resto (en España, los provenientes de África) por sus respectivas herencias culturales. Le sirve, así, para disimular su racismo y su islamofobia, y para confirmar su colonialismo. Esa diferenciación cuestiona, además, su discurso habitual según el cual el problema no es la inmigración, sino los inmigrantes ilegales. Para Vox, el multiculturalismo –como el feminismo– busca que los

españoles sientan vergüenza de la Conquista de América y de su pasado imperial, que debería ser motivo de orgullo por sus efectos *civilizatorios*.

Dado que para Vox la política es conflicto y, más específicamente, lucha por la hegemonía cultural, la formación de Abascal ve que sus enemigos están ganando esa batalla sin necesidad de

## Aspira a realizar buena parte de los fines franquistas por vías formalmente democráticas.

alcanzar el poder político formal. Dicho de otro modo, que la derecha española, más allá de haber gobernado, no ha triunfado en el decisivo terreno cultural por su complejo ante la izquierda y las fuerzas separatistas, feministas y multiculturalistas. Por eso la particularidad de Vox es defender el orden nacido con la Transición –encarnado en la Constitución del 78– con un discurso *desafiante del poder*, porque entiende que el verdadero poder, que es el cultural, no el político formal ni el económico, reside asólitamente en manos de minoritarios grupos antiespañoles. Aunque Vox choca con la Constitución de 1978 en varios puntos como su rechazo del Estado Autonómico, se aferra a ella porque es el último bastión del tesoro máspreciado para Vox: la *unidad* de España, consagrada como vimos en su Artículo 2. Máxime en un contexto tendencialmente favorable al “separatismo”. Por eso Vox no es contrario a la Unión Europea, pues entiende que ésta es el símbolo de la Transición y el horizonte valorativo de los españoles (7).

Las elecciones generales del 23J le abren a Vox la posibilidad inédita de llegar al gobierno de España, apoyando al candidato del PP, Alberto Núñez Feijóo. Para un partido que entró en política para correr la agenda a la derecha es la mejor situación *posible*. Si pudiera, Vox elegiría antes el Ministerio de Educación que el de Economía. Y suprimiría, como ya está haciendo en los ayuntamientos y autonomías donde está formando gobierno con el PP tras las elecciones de mayo, las instancias institucionales dedicadas a la lucha contra la violencia de género para sustituirlas por otras dedicadas a “la familia”. Además de negar el cambio climático, privilegiar el automóvil, financiar los toros y combatir la inmigración.

Si la España de la Transición encontró un lugar de confluencia en la aspiración común a que los españoles vivieran como los europeos, es decir, en una democracia social y pluralista modernizante, el probable cogobierno de Vox con el PP vendría a realizar aquella aspiración no sin paradojas: en un tiempo, el actual, en que Europa comienza a retroceder sobre sus pasos. ■

1. Fernando Sánchez-Dragó, *Santiago Abascal*.

*España vertebrada*, Planeta, Barcelona, 2019.

2. *Idem*.

3. *Ibidem*.

4. Santiago Abascal, *Hay un camino a la derecha. Una conversación con Kiko Méndez-Monasterio*, Stella Maris, Barcelona, 2015.

5. Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2018.

6. “Discurso de Santiago Abascal en Vistalegre”, 7-10-18: [www.youtube.com/watch?v=L-CIFZ5amIE](https://www.youtube.com/watch?v=L-CIFZ5amIE)

7. Para profundizar sobre lo desarrollado hasta aquí, véase el siguiente artículo, del cual este texto es deudor: Javier Franz y Guillermo Fernández Vázquez, “El posfranquismo de Vox: un populismo atenuado e invertido”, *Pensamiento al margen: revista digital sobre las ideas políticas*, N° 16, 2022. Disponible en: [https://pensamientoalmargen.com/16/05\\_PaM16\\_Derechas\\_FRANZ.pdf](https://pensamientoalmargen.com/16/05_PaM16_Derechas_FRANZ.pdf)